

EL TEMPLO DE ZEUS OLÍMPICO (*OLYMPIEION*) DE AGRIGENTO

MARINA MARTOS FORNIELES

Universidad Autónoma de Madrid

marinamartosfornieles@gmail.com

Resumen

El *Olympieion* de Agrigento fue el mayor templo dórico jamás construido, pero de él sólo queda un montón de ruinas que plantean numerosos problemas de interpretación. En este trabajo repasamos los principales datos que tenemos actualmente sobre este edificio y discutimos sus distintas interpretaciones por parte de arqueólogos e historiadores.

Palabras clave

Agrigento, Templo de Zeus Olímpico (Olympieion).

Abstract

The *Olympieion* of Agrigento was the largest Doric temple ever constructed, but now it is only a pile of ruins that pose numerous interpretative problems. This paper reviews the main data we currently have on this building and discusses their different interpretations by archaeologists and historians.

Key words

Agrigento, Temple of Olympian Zeus (Olympeion).

1. LA CIUDAD DE AGRIGENTO

La ciudad de Agrigento (del latín *Agrigentum*, Ἀκράγας en griego) era una colonia griega en el sur de Sicilia fundada en torno al 580 a.C. por la ciudad de Gela, también en Sicilia, que a su vez fue fundada, según Tucídides (VI 4, 3-4), por griegos procedentes de Creta y Rodas a comienzos del siglo VII a.C. En el mismo pasaje, Tucídides nos informa también de que la ciudad recibió su nombre del cercano río Acragas, que corre al este de las colinas sobre las que aquella se fundó.

Agrigento (fig. 1) era una ciudad costera, apenas a 2 km del mar, y estaba rodeada de murallas que seguían la orografía del terreno (Campbell 2007: 22), en la que se distinguen tres zonas bien diferenciadas: dos fuertemente accidentadas al noroeste (Colina de Girgenti, donde se emplaza la ciudad actual) y al noreste (la peña conocida actualmente como Rupe Atenea), y una tercera zona hacia el sur donde se encuentra el mal llamado Valle —en realidad es una colina— de los Templos (Lippolis *et al.* 2007: 802).



Fig. 1. Reconstrucción ideal de Agrigento a mediados del siglo V a.C., con el Valle de los Templos en primer plano (Proyecto “Com.Hera: Agrigento - Eraclea Minoa”).

Es en la parte occidental de esta colina, detrás del Templo de Heracles, no lejos del ágora y cerca de la muralla sur de la ciudad, donde se encuentra el edificio del que vamos a tratar, el *Olympieion* o Templo de Zeus Olímpico (fig. 2), actualmente en ruinas.

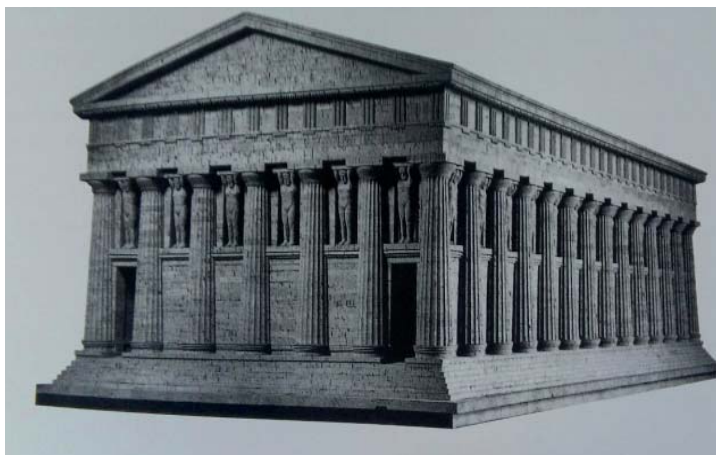


Fig. 2. Reconstrucción del Templo de Zeus Olímpico (Neer 2012: 223).

2. CONTEXTO HISTÓRICO

En el momento en el que se lleva a cabo la construcción del *Olympieion*, entre finales del siglo VI e inicios del V a.C. —más adelante trataremos el problema de la datación—, es decir, entre el final del arcaísmo/estilo severo y el comienzo del periodo clásico, Sicilia experimenta un gran florecimiento en todos los aspectos, sobre todo debido a los regímenes tiránicos que se establecieron por toda la isla, siendo las dinastías más poderosas la de los Dinoméidas en Gela y Siracusa y la de los Eménidas en Agrigento, con las que Sicilia alcanzó un gran desarrollo económico y cultural (De Grummond 1996: 14; Marconi 2016: 83). En concreto, la gran riqueza de la ciudad de Agrigento se debía a sus extensas plantaciones de olivos, cuyos frutos se exportaban, sobre todo, a Cartago (Diod., XIII 81, 4-5). Prueba de esta riqueza es la gran cantidad de templos que se construyeron entre finales del siglo VI e inicios del V a.C., fruto de una política de propaganda y autolegitimación por parte de estas tiranías que se lleva a cabo principalmente mediante la inversión en construcciones públicas (Spawfoth 2007: 28). Este *boom* arquitectónico, dentro del cual se encuentra la construcción del *Olympieion*, fue lo que otorgó a Agrigento el título de la ciudad más bella de entre sus contemporáneas, según Píndaro (*Pítica* XII 1), al igual que una de las más ricas¹, sobre

¹ Tal era la riqueza de Agrigento que, como señala Diodoro (XIII 82, 8), “desde niños estaban educados en el lujo, llevaban vestidos excesivamente delicados y adornos de oro, y usaban estrígilas y frascos de plata y oro”.

todo bajo el reinado del tirano Terón, entre los años 488 y 472 a.C. (Bell 1980: 371; Pugliese Carratelli 1996: 334).

3. DESCRIPCIÓN DEL *OLYMPIEION* E HISTORIA DE LAS EXCAVACIONES

En este apartado describiremos arquitectónicamente el Templo de Zeus Olímpico de manera general, para tratar en el siguiente el problema de su datación y repasar después con más detalle las diferentes teorías sobre su forma y estructura. Pero antes conviene hacer un breve recorrido histórico sobre el conocimiento del edificio por parte de los estudiosos y la historia de las excavaciones.

Fuera de algunas escasas noticias anteriores, el interés de los estudiosos modernos por este templo, del que tampoco nos hablan mucho las fuentes clásicas, salvo un pasaje de Diodoro Sículo (XIII 82) y una breve referencia de Polibio (IX 27, 9), comenzó ya en el siglo XVIII, a finales del cual el propio Winckelmann se interesó por las ruinas de la ciudad siciliana, y las primeras excavaciones modernas se realizaron entre ese siglo y el siguiente, aunque estas no contaban, claro está, con los avances metodológicos posteriores, por lo que fueron muy deficientes (Pace 1922: 175-198). El primer estudio en profundidad del *Olympieion* se llevó a cabo en 1896 por el arqueólogo alemán R. Koldewey y el arquitecto O. Puchstein, quienes realizaron planos y dibujos de todo el edificio, publicados tres años más tarde (Koldewey & Puchstein 1899: 153 ss.). En la primera mitad del siglo XX se llevaron a cabo exhaustivas excavaciones por parte de Marconi, Cultrera y Ricci, aunque solo las de Marconi fueron publicadas, y los trabajos se retomaron en la década de los 50, centrándose en la zona oeste y sur del templo (Bell 1980: 359; De Grummond 1996: 14). Las últimas excavaciones de las que tenemos noticia se realizaron en el sector sureste del yacimiento durante los años 2012-13 por parte de un equipo de arqueólogos de la Universidad de Palermo (Danile, De Cesare & Portale 2013).

Pasando ya a su descripción, hay que decir que el templo de Zeus Olímpico se realizó con bloques de piedra caliza local de pequeño tamaño, en general, y dimensiones casi idénticas en todas sus partes, y estaba orientado hacia el nordeste. La magnitud del edificio debió ser realmente colosal, pues sus dimensiones totales, establecidas por Koldewey & Puchstein y ratificadas posteriormente por otros autores,

alcanzan aproximadamente los 56,30 m de ancho por 112,60 m de largo (Mertens, 2006: 261), lo que, traducido a pies dóricos², sería 337½ x 162½ pies, lo que da un perímetro de exactamente 1000 pies³. La altura, por su parte, era de unos 32 m, sumando a los aproximadamente 20 m de las columnas⁴ los más de 6 m del entablamento y los casi 6 m del frontón en su parte central, y todo el edificio descansaba sobre una plataforma de 5 escalones (fig. 3), de los cuales el superior, que es el doble de alto que los demás, formaba una especie de podio (Mertens, 2006: 262-264).

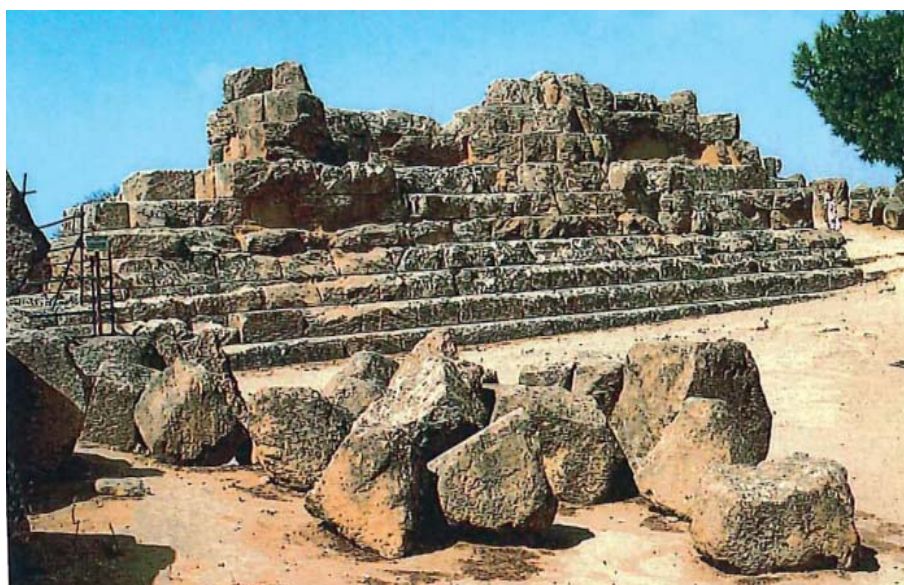


Fig. 3. Plataforma sobre la que se levantaba el templo (Mertens 2006: 262).

² El pie dórico, de 32,6 cm, era la medida habitual en el período clásico junto con el pie jónico-ático, de 29,4 cm (Bell 1980: 361; Mertens 2006: 264).

³ En su descripción del edificio, Diodoro (XIII 82, 2) da también un perímetro de 1000 pies, al indicar como medidas 340 pies de longitud por 160 de ancho (corrección moderna de los 60 pies que dan erróneamente los manuscritos) y 120 de alto (Pace 1922: 205; Holloway 1991: 117 s.; Mertens 2006: 264). Parece que estas medidas fueron redondeadas por el autor, pues si se comparan con las dimensiones del estilóbato tomadas por Koldewey & Puchstein se perciben también ligeras diferencias (Bell 1980: 361).

⁴ La altura exacta de las columnas es un dato todavía incierto, como veremos más adelante.

Fue sin duda el más grande templo construido en orden dórico⁵ y uno de los mayores templos griegos, superado en dimensiones solamente por el Artemisio de Éfeso y por el templo de Apolo Didimeo en Mileto (VV. AA. 1998: 262; Moncada 2015), y además presenta ciertas peculiaridades notables. Quizá la más destacable, como ya señalaron Koldewey & Puchstein (1899: 165), sea que un edificio de tales dimensiones se construyera utilizando en general bloques de pequeño tamaño en una cantidad enorme⁶: se estima en 17.000 el número de bloques sólo para el muro de la fachada (Spawforth 2007: 128). En segundo lugar, se construyó con 7 columnas en sus lados cortos y 14 en los largos, números que contrastan con el uso habitual en la arquitectura templaria griega de un número par de columnas en los frentes⁷. En tercer lugar, fue concebido como un templo pseudoperíptero: entre sus columnas, con forma de semicolumnas en el exterior y de pilastras en el interior (exceptuando las de las esquinas, que eran verdaderas columnas), se levantaban muros perimetrales continuos que cerraban el conjunto⁸. Además, sobre estos muros se levantaban esculturas de telamones o atlantes, que tenían una función no sólo ornamental sino también estructural, pues junto a las columnas ayudaban a sostener el peso del entablamento (Berve & Gruben 1962: 252; Van Compernelle 1989: 63; Mertens 2006: 262; Campbell 2007: 23; Mee 2011: 286). Otros ornamentos del edificio eran las esculturas de los frontones, que representaban la Gigantomaquia en el frontón este y la *Iliupersis* en el oeste, según refiere Diodoro (XIII 82, 4) y parece confirmar el hallazgo de algunos fragmentos de relieves (Mertens 2006: 264).

En cuanto a la planta, estaba dividida en tres grandes naves de similares dimensiones (más de 12 m de ancho cada una), aspecto característico de los templos arcaicos de Selinunte, que pudieron haberse usado como modelo; para delimitar estas naves interiores y soportar el peso de

⁵ En este caso, el orden se trata con gran libertad, incluyéndose además elementos no dóricos, como algunos jonios y otros únicos (Bell 1980: 359).

⁶ Construirlo mediante sillares más grandes habría sido inconcebible debido al gran tamaño del templo, para el que se necesitarían piezas demasiado grandes para una fácil obtención en las canteras y su posterior transporte y colocación (Winter 1976: 144).

⁷ Aunque el número impar de columnas en los frentes no es tan raro como suele pensarse (Pace 1922: 212).

⁸ Y no sólo simples pantallas de sillería, como ocurre con algunos templos de Selinunte (Mertens 2006: 265).

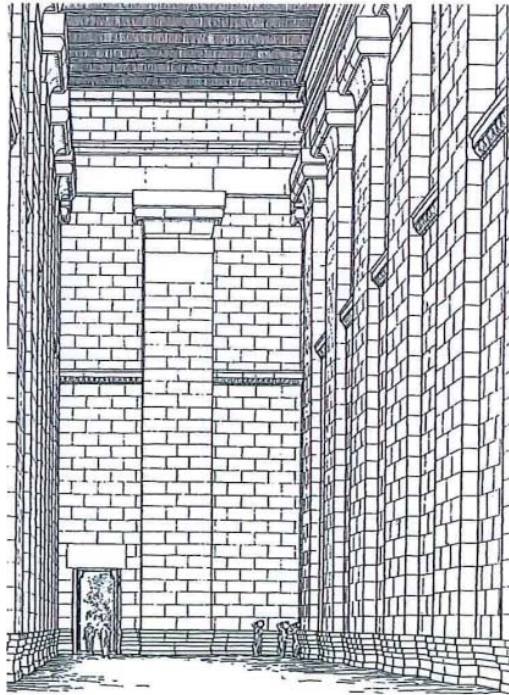


Fig. 4. Reconstrucción del interior del templo
(Mertens 2006:266).

la techumbre se levantaron, en paralelo con las semicolumnas exteriores, dos filas de doce pilastras terminadas en forma de capiteles de anta dóricos y unidas entre sí por muros (fig. 4), en los que probablemente se localizarían ventanas para iluminar el interior de las dos naves laterales mediante la luz que entraría por el naos, concebido probablemente, como en el templo G de Selinunte, en forma de patio hipetral, es decir sin techo. Por lo demás, la nave central del templo se articulaba en las tres partes típicas de los templos griegos: pronaos, naos y opistódomo, estando el pronaos y el opistódomo abiertos hacia los ambulacros de los frentes, de sólo un inter-

columnio de anchura, y separados del naos a la altura de la segunda pareja de pilastras internas por diversos elementos que luego veremos (Mertens 2006: 261 s., 265; Lippolis *et al.* 2007: 804).

4. DATACIÓN

El primer problema con el que nos encontramos es la fecha del inicio de su construcción, que viene debatiéndose desde hace décadas. Muchos estudiosos, como Dinsmoor (1950: 101), Coulton (1974: 15), Winter (1976: 143), De Grummond (1996: 15), Pugliese Carratelli (1996: 334) o Spawforth (2007: 127), defienden que las obras comenzaron en los últimos años del siglo VI a.C., a juzgar por sus paralelos con el Templo G de Selinunte (que data de en torno al 525 a.C.), la ausencia de contracción angular en los frentes y el estilo tardo-arcaico de los telamones, aunque esta opinión ha sido descartada por Van Compernelle (1989: 67 s.), que rechaza la comparación con el Templo G de Selinunte.

Sin embargo, la opinión más extendida, que comparten autores como Bell (1980: 359, 371), Van Compernelle (1989: 68), Bianchi Bandinelli & Paribeni (1998: 66), Mertens (2006: 265), Stewart (2008: 597 s.) y Neer (2012: 223), defiende que las obras comenzaron tras la batalla de Hímera, es decir, inmediatamente después del 480 a.C.⁹, con los medios y los hombres disponibles tras la batalla, incluidos los esclavos cartagineses, para ser edificado en muy poco tiempo, como símbolo de la victoria metafórica de Zeus sobre los bárbaros (Stierlin 2001: 90). Entre los argumentos que sustentan esta opinión encontramos por ejemplo el de Bell (1980: 371), quien razona que en la época en la que algunos autores fijan la construcción del templo, en torno al 510 a.C., la ciudad de Agrigento tenía solo unos 70 años de vida, por lo que no podría haber llevado a cabo una construcción tan costosa como fue la del Templo de Zeus Olímpico, que, según ciertos cálculos, habría costado tres veces más que la construcción del Partenón y muchísimo más, desde luego, que la de cualquiera de los otros templos de Agrigento (Van Compernelle, 1989: 68). Por su parte, Stewart (2008: 597 s.) añade otra argumentación interesante sobre los relieves de los frontones: aunque los fragmentos recuperados entre los siglos XVIII y XIX se han perdido en su mayoría, a través de los dibujos que realizaron los estudiosos podemos observar que son totalmente clásicos, con algunos rasgos del estilo severo, lo que demostraría que el templo no pudo iniciarse a finales del siglo VI a.C., sino a principios del V; además, el tema de esos relieves apuntaría a la celebración de una victoria militar, por tanto a una fecha poco posterior a la batalla de Hímera, en 480 a.C., o incluso, según este autor, a la batalla naval de Cumas, en la que los griegos de Siracusa vencieron seis años después a los etruscos.

Por último, otros autores, como Vonderstein (2000: 65-67) o Marconi (2016: 83, 84), apoyan una posición intermedia y consideran que la construcción del templo se inició con la subida al poder del tirano Terón en 488 a.C., quien lo mandaría erigir como un medio para legitimar su poder frente a sus opositores, basándose en las dimensiones extraordinarias del

⁹ Esta batalla, comandada conjuntamente por Gelón de Siracusa y Terón de Agrigento, tuvo gran importancia y repercusión para los griegos del siglo V a.C., pues simbolizó la derrota de los cartagineses, es decir, de los bárbaros, en un momento en el que toda la Hélade estaba luchando contra la conquista persa; de hecho, fue tal la importancia de esta batalla que se llegó a equiparar con la famosa y mitificada batalla de Salamina, afirmando incluso Heródoto (VIII 166) que ambas se produjeron el mismo día (Pugliese Carratelli 1996: 163; Vassallo 2014: 16).



Fig. 5. Restos del *Olympieion*, fotografía del área sur (Mertens 2006: 262).

templo, el uso de atlantes y también la elección de la Gigantomaquia y la Toma de Troya como temas de los frontones, dos episodios míticos que destacan el poder y la heroicidad griega y servirían perfectamente como medio de propaganda de la tiranía.

5. PROBLEMAS DE INTERPRETACIÓN

Sea como fuere, el *Olympieion* refleja los últimos años del estilo arcaico, dejando entrever algunos rasgos del incipiente nuevo estilo clásico en Sicilia. Pero, además, es un edificio único en la arquitectura griega, como ya hemos dicho, y se distanció mucho de la norma de manera consciente. Esto se refleja particularmente en una serie de rasgos que, junto a otros aspectos problemáticos de su interpretación, describiremos con detalle en los siguientes subapartados, haciendo

hincapié en las distintas teorías y puntos de vista, cuya variedad se debe en buena parte al ruinoso estado de los restos (fig. 5), desgastados por el tiempo y los fenómenos naturales —terremotos sobre todo— y gravemente alterados por la acción humana¹⁰, lo que motiva que su reconstrucción e interpretación sigan siendo un tema complejo, con numerosas carencias de datos que dificultan su estudio y multiplican los puntos de vista (Van Compernelle 1989: 61).

5.1. Planta

Como hemos descrito anteriormente, la planta estaba dividida en tres naves centrales mediante dos filas paralelas de doce pilastras cada una a partir de la tercera y la quinta semicolumnas del frente y en correspondencia con las semicolumnas laterales. Superada ya la interpretación más temprana de Canina (1834: tav. LXII), para quien la estructura interna del templo se articulaba en cuatro partes a las que añadía un *posticum* tras el opistódomo (fig. 6), la discusión actual entre los autores recae en si los tres espacios interiores habituales (pronaos, naos y opistódomo) estaban o no separados entre sí mediante pilastras, paredes traveseras u otros elementos arquitectónicos.

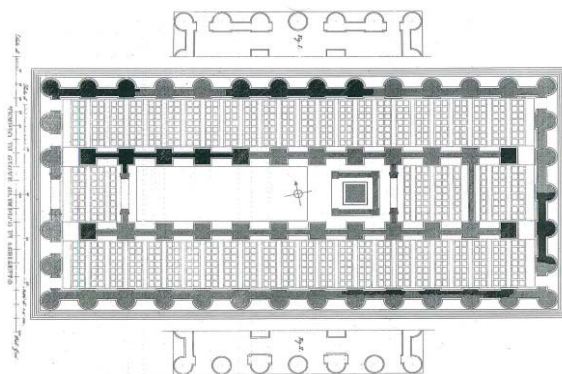


Fig. 6. Planta del Templo de Zeus Olímpico según Canina (1834: Tav. LXII).

¹⁰ Parece que ya en el siglo XV se extrajeron del templo materiales para la construcción del convento y la iglesia de S. Nicolò (Pace 1922: 180), y en el XVIII muchos de sus sillares se usaron para construir la catedral de Agrigento y sobre todo para el muelle de poniente de Porto Empedocle, el actual puerto de la ciudad (Van Compernelle 1989: 61; Holloway 1991: 117; Moncada 2015).

Según Berve & Gruben (1962: 253), seguidos por Bianchi Bandinelli & Paribeni (1998: fig. 20), Campbell (2007: 22) y Marconi (2016: 83), el pronaos no estaría separado de la cella por ningún elemento, mientras que en el opistódomo habría dos pilastras de menor tamaño que marcaban el inicio de esta parte del templo (figs. 7 y 8). En cambio Holloway (1991: 117) propone que los espacios interiores estarían divididos por dos paredes trasversas, aunque se limita a ofrecer un dibujo de la planta en tal sentido y no da ninguna explicación al respecto (fig. 9).

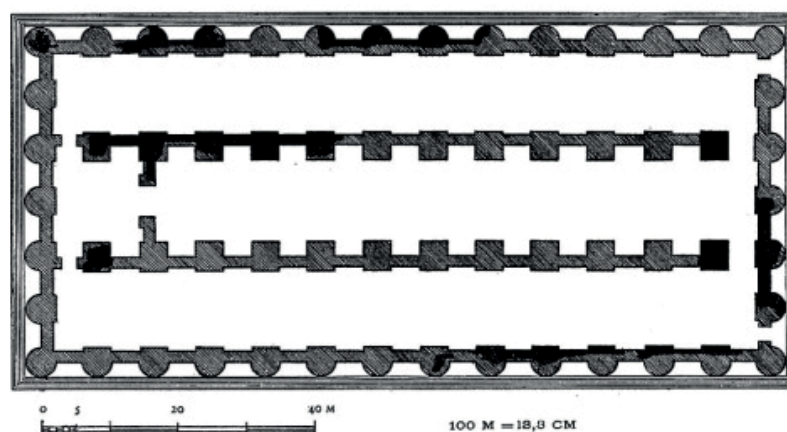


Fig. 7. Planta del templo según Berve & Gruben (1962: 253).

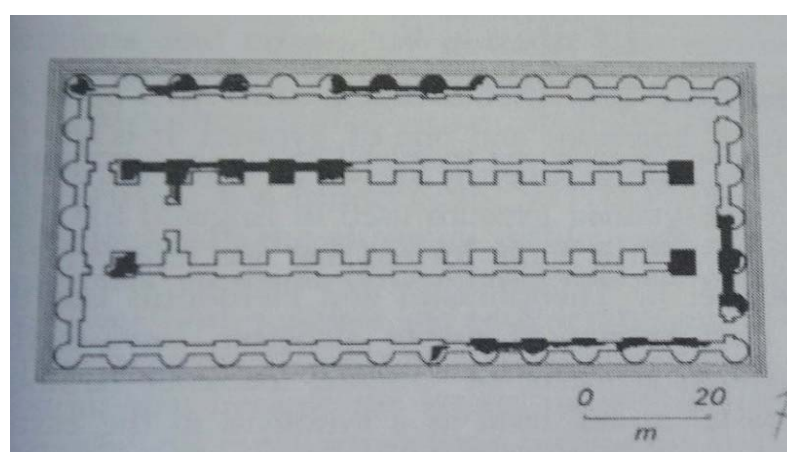


Fig. 8. Planta del templo según Campbell (2007: 22).

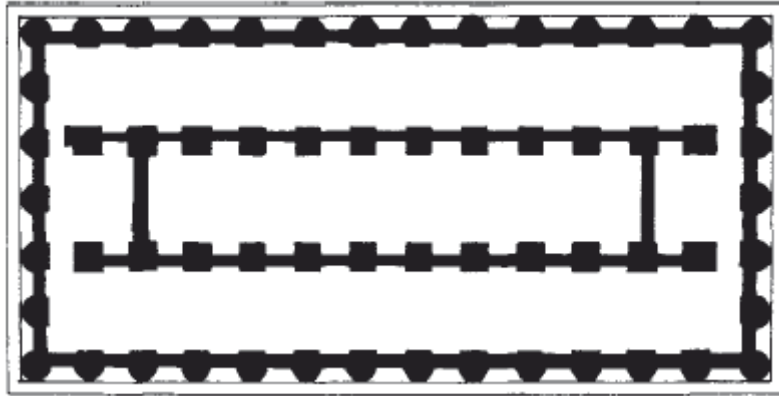


Fig. 9. Planta del templo según Holloway (1991: 117).

Por su parte, Mertens (2006: 261), Lippolis (2007: 804) y Neer (2012: 223) defienden que tanto el pronaos como el opistódomo estaban separados de la cella mediante pilastras, siendo la separación del opistódomo completa, mediante una pilastra central y dos paredes traveseras, mientras que la del pronaos se articulaba mediante tres pilastras de menor tamaño sin unión entre ellas (figs. 10 y 11).

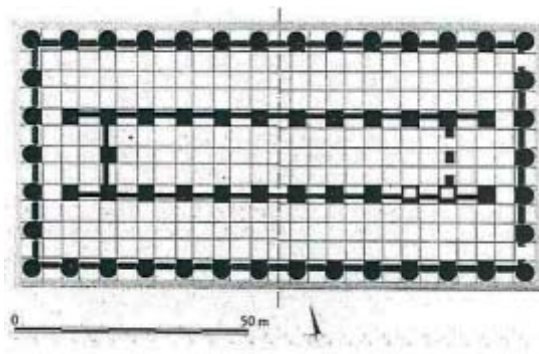


Fig. 10. Planta del templo según Mertens (2006: 261) y Lippolis (2007: 804).

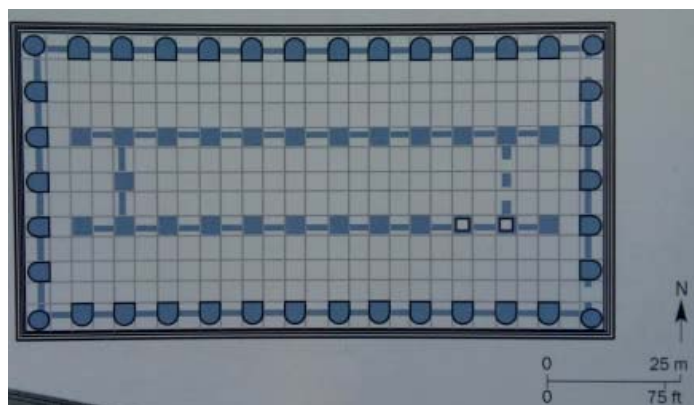


Fig. 11. Planta del templo según Neer (2012: 223).

5.2. Columnas

Como dijimos, el templo presenta un falso peristilo, pues en realidad lo rodea una estructura murada continua con 7 x 14 semicolumnas dóricas cuyo diámetro inferior es de 4,05 m y cuya parte interior se corresponde con pilastras de escaso relieve (Bianchi Bandinelli & Paribeni 1998: 66 s.). Estas semicolumnas exteriores, cubiertas en su base por una moldura que hacía que se asemejaran a la base de las columnas jónicas (Holloway 1991: 117), eran puramente ornamentales: no funcionaban como un elemento autónomo, sino que estaban construidas en bloque con las paredes, mediante un complejo ensamblaje de bloques tallados radialmente y superpuestos en torno a un núcleo en forma de cuña (Bianchi Bandinelli & Paribeni 1998: 67; Mertens 2006: 262).

La distancia entre ejes de las semicolumnas frontales es uniforme (8,04 m), sin ningún tipo de contracción angular, que sí aparece, aunque de forma rudimentaria, en los lados, en cuyos extremos la distancia entre ejes, de 7,98 m, es algo menor que para el resto de las semicolumnas laterales, de 8,18 m (Van Compernelle 1989: 63, 65). La altura de las semicolumnas, en cambio, no está todavía clara: para las exteriores, los valores propuestos por los estudiosos van desde los 21,57 m (Krischen 1942: 3) hasta los 17,26 m (Van Compernelle 1989: 61; Lippolis *et al.* 2007: 804), mientras que, en el interior, los gruesos pilares cuadrados que delimitan la cella se reconstruyen en torno a 1,90 m más altos (Mertens 2006: 262).

5.3. Entablamento y frontones

Formalmente el entablamento se ajustaba bastante a la norma dórica (Holloway 1991: 118; Mertens 2006: 262). El arquitrabe, de 3,36 m de alto, presenta tres hiladas de bloques, mientras que los triglifos, con una altura de 3,11 m, se componen de un solo bloque y bajo la tenia que los soporta se colocan régulas con seis gotas sobre cada semicolumna y cada intercolumnio, mientras que sobre ellos, en la sima o escocia del orden externo, había canalones con forma de cabeza de león (Van Compernelle 1989: 63; Mertens 2006: 266). El hecho de que el arquitrabe se hiciera un poco más alto con respecto al friso y de que los triglifos sean notablemente esbeltos refleja el desarrollo arquitectónico del primer cuarto del siglo V a.C. (Mertens 2006: 263).



Fig. 12. Restos del “Guerrero de Agrigento”, procedente del frontón este del *Olympieion*.

En cuanto a los frontones, su notable altura, que roza los 6 metros en su centro, viene confirmada por la descripción de Diodoro (XIII 82, 4), que habla de “una amplitud y una altura inusitadas”, aunque la palabra con que éste los denomina (στοαί, es decir pórticos o galerías columnadas), hizo pensar que su indicación de que estaban adornados con esculturas que representaban la Gigantomaquia (fig. 12) en el lado este y la Toma de Troya en el oeste se refería más bien a la decoración interna de las naves laterales del templo (Pace 1922: 226 s.; Bell 1980: 366). Pero esto no encaja bien con la disposición del edificio, cuyo frente está orientado al nordeste, por lo que la mayoría de estudiosos, aceptando la hipótesis de De Waele (1982), que sugiere un error en la transmisión del texto de Diodoro, asumen que las citadas esculturas estarían realmente en los frontones, como parece confirmar el hallazgo de unos pocos fragmentos de relieves de gran tamaño con los que se ha conseguido reconstruir la figura de un guerrero con casco que formaría parte de la Gigantomaquia, aunque sin lograr restituir definitivamente la iconografía original del conjunto (Van Compernelle 1989: 64; Mertens 2006: 264; Campbell 2007: 23; Lippolis *et al.* 2007: 804).

5.4. Telamones/atlantes

Las colosales figuras de los atlantes o telamones, que superaban los 7,6 m de altura, representan probablemente la característica más singular y novedosa del *Olympieion*, e incluso han llegado a convertirse en el símbolo de la moderna ciudad de Agrigento, en cuyo escudo, junto a la leyenda *mirabilis aula gigantum*, aparecen, al menos desde el siglo XVI, tres de estos gigantes (fig. 13), en recuerdo de los tres telamones que aún quedaban en pie a comienzos del siglo XV, antes de ser derribados por un terremoto el 9 de diciembre de 1401, según refería en 1558 el historiador Tommaso Fazello en su libro *De rebus Siculis* (Pace 1922: 179). Actualmente los restos de estas grandes esculturas se encuentran expuestos tanto en el propio yacimiento, donde los que fueron reconstruidos tendidos en el suelo entre mediados del siglo XIX y mediados del XX han sido sustituidos por copias (VV. AA. 1998: 262), como en el museo del Valle de los Templos (fig. 14).

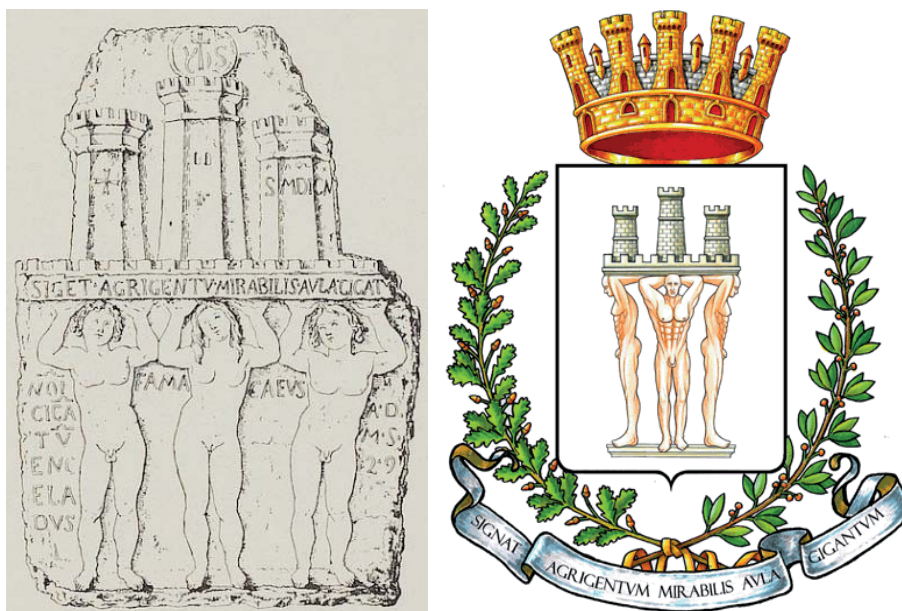


Fig. 13. Escudo de Agrigento de la primera mitad del siglo XVI (de Pace 1922: 198), junto al escudo moderno de la ciudad.



Fig. 14. Telamón reconstruido *in situ* (Spawforth 2007: 55) y otro expuesto en el Museo del Valle de los Templos (foto de la autora).

En un primer momento, la mayoría de los estudiosos consideraban que estas grandes esculturas estaban dentro del templo (Pace 1922: 188 s.), como es el caso de Canina (1834: tav. LXII), quien reconstruyó su estructura de manera que los telamones quedaban en la pared interna de la nave central (fig. 15), o de Pace (1922: 220), para quien estarían encastrados en las pilastras interiores del naos hipetral. Pero a finales de la década de los 20 del siglo pasado el arqueólogo Pirro Marconi, basándose en datos extraídos de sus excavaciones y confirmando la hipótesis planteada unas décadas antes por los alemanes Koldewey & Puchstein (1899), demostró que debían situarse insertados en altorrelieve a media altura en los muros de los intercolumnios exteriores (fig. 16),

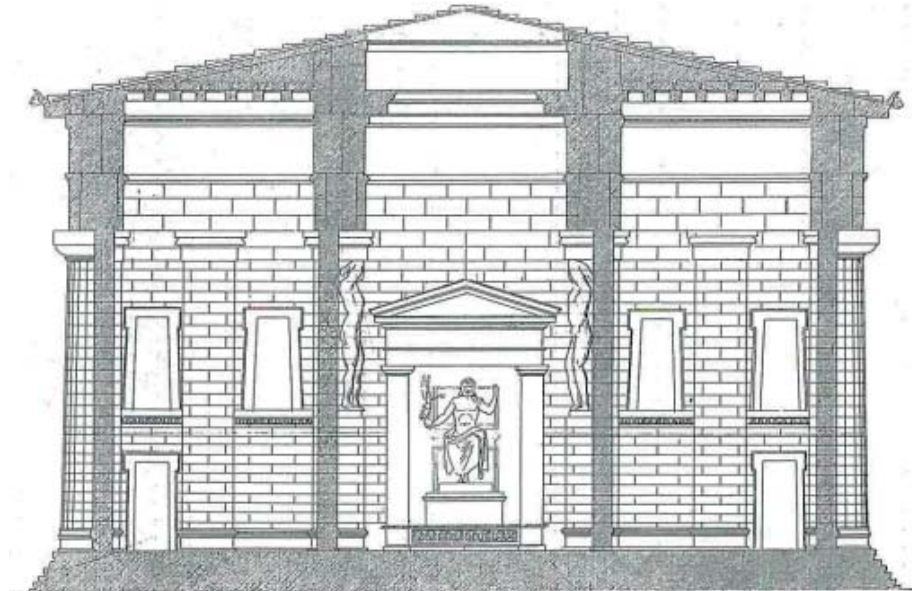


Fig. 15. Reconstrucción del interior del templo según Canina (1834: tav. LXII).

entre otras razones porque el poco relieve que tenían las paredes laterales internas hacía descartable la hipótesis de que los telamones hubieran estado colocados de algún modo sobre ellas (Bianchi Bandinelli & Paribeni, 1998: 67). Los hallazgos de Marconi confirmaron asimismo la función estructural, no sólo ornamental, de estas enormes figuras, que contribuían a soportar el peso del entablamento, y revelaron también las curiosas diferencias en los rostros de los atlantes conservados, que representaban tanto a jóvenes imberbes como a adultos con barba (fig. 17). Este último dato, unido a la dedicación del templo a Zeus Olímpico

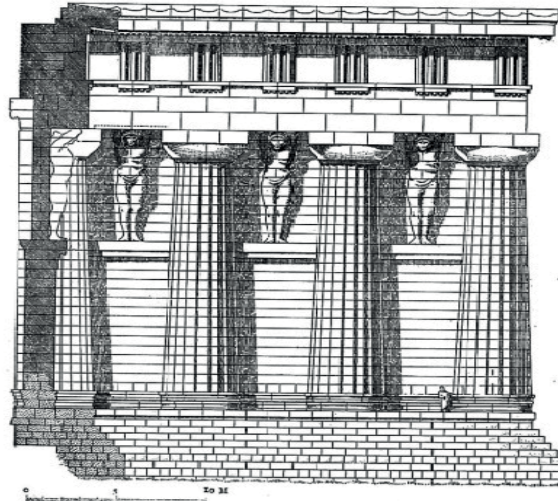


Fig. 16. Reconstrucción de Koldewey y Puchstein (Berve & Gruben 1962: 254).



Fig. 17. Detalle de la cabeza de uno de los telamones (Berve & Gruben, 1962: 140) y cabeza restaurada de otro (Spawforth 2006: 127).

e inserto en el contexto cultural de la ciudad de Agrigento bajo la tiranía de Terón tras la batalla de Hímera, llevó a Marconi a sugerir la hipótesis de ver en las colosales estatuas la representación de Atlas, castigado por Zeus a sostener el cielo sobre sus hombros por rebelarse contra los dioses, y de sus hermanos Titanes, castigados también por Zeus

a la esclavitud eterna (Stewart 2008: 597; Lippolis *et al.* 2007: 804; Marconi 2016: 84).

En las últimas décadas, las discusiones se han centrado en dilucidar la interpretación de estos telamones y su importancia ideológica en relación con el conjunto del edificio, así como en determinar su ubicación precisa en las paredes de los intercolumnios. Respecto a lo primero, la idea tradicional de ver en los atlantes una representación simbólica de los cartagineses derrotados por los griegos en Hímera, basada fundamentalmente en las referencias de Diodoro Sículo (XI 25, 2-4; 26, 2-3) a que los prisioneros cartagineses fueron obligados a trabajar en la construcción de templos y edificios públicos de Agrigento, encontró pronto apoyo en la tesis de Drerup (1940), quien consideró que algunos elementos del *Olympieion*, como las semicolumnas, los atlantes o la “sala de pilastras”, eran adaptación de una tradición arquitectónica de origen fenicio o minorasiático. Esta idea, mantenida también por otros autores, como luego veremos, ha sido puesta en duda sin embargo por Vonderstein (2000), quien, tras un profundo análisis comparativo de la construcción, muestra que, salvo los atlantes de las paredes exteriores, el resto de elementos no canónicos del templo no siguen modelos orientales, sino que se insertan en la tradición griega, lo que debilita enormemente su interpretación como monumento conmemorativo de la victoria de Hímera en 480 a.C. (Mertens 2006: 264 s.). Según Vonderstein (2000: 45 s.), la única cosa fuera de lo común es la combinación de los elementos individuales y la utilización, por primera vez en la arquitectura griega, de figuras masculinas de apoyo, algo que en todo caso podría ser una influencia propiamente griega, derivada de las cariátides típicas del orden jónico, como han señalado también otros autores (Berve & Gruben 1962: 252; Winter 1976: 145; Bell 1980: 368; Van Compernelle 1989: 63).

En cuanto a la colocación de los atlantes en las paredes de los intercolumnios, así como respecto a su forma y altura precisas, quedan aún muchas incertidumbres. Parece que estaban desnudos y tenían los brazos doblados sobre sus cabezas, aunque los conservados presentan diferencias en el rostro y en otros pequeños detalles; como señala Stewart (2008: 597), estos rasgos podrían reflejar un estilo escultórico de transición: la parte del rostro parece de finales del estilo arcaico, el peinado del estilo severo reciente, e incluso muchas de las figuras presentan todavía la llamada “sonrisa arcaica” (fig. 17).

La altura de los atlantes oscila entre 7,65 y 7,70 m (con lo que se situarían a unos 13 m del suelo), estaban compuestos de pequeños bloques labrados de altura similar a los utilizados en los muros y tenían pilares estrechos a modo de refuerzo detrás de ellos. Todavía parece extendida la opinión de que la pared detrás de ellos, en la que irían engastados, estaría retranqueada respecto a la que quedaba debajo de las figuras, formando una especie de nicho que proporcionaría un fondo sombreado a los atlantes (Mertens 2006: 262). Sin embargo, aunque diversamente criticada en las últimas décadas (Winter 1976: 144; Griffo, 1982; Marconi 1997), la hipótesis propuesta por Griffo (1952), según la cual a ambos lados de cada telamón, que funcionaría también a modo de parteluz, habría ventanas de algún tipo que aportarían luz al interior de las naves laterales (fig. 18), es la que viene siendo aceptada y asumida en las últimas reconstrucciones, como la de Moncada (2015).



Fig. 18. Reconstrucción de Moncada (2015), con ventanas en la parte alta de los intercolumnios y atlantes a modo de parteluz.

5.5. Cubierta

Las fuentes clásicas transmiten la noticia de que el *Olympieion* habría quedado sin acabar (Polibio, IX 27, 9) o que habría sido terminado salvo

el techo (Diodoro, XIII 82, 1), por lo que las primeras reconstrucciones modernas (Canina 1834: tav. LXII) representan las fachadas con una cubierta a doble vertiente, adaptada a los frontones triangulares, y el resto del templo sin techar (figs. 15 y 19). La interpretación de estas fuentes en el sentido de que el templo se proyectara realmente con cubierta, pero luego ésta no se construyera, plantea el problema de que el interior de la cella, de haberse llevado a término el proyecto, habría quedado demasiado oscuro, aun admitiendo la mencionada hipótesis de reconstrucción de Griffo (1952), con ventanas a ambos lados de los telamones en los muros exteriores. Para paliar este problema, se fue imponiendo paulatinamente la idea lógica de suponer que el interior de la cella se habría concebido en forma de patio hipetral, es decir como un *sekós* o recinto a cielo abierto para la imagen de culto, como ocurre en el templo G de Selinunte. Esta idea se vio reforzada por el descubrimiento por parte de Pirro Marconi, en sus excavaciones de 1926, de restos de tejas policromas de terracota de gran tamaño (fig. 20), así como por las evidencias proporcionadas por la posición de caída de todo el orden del lado meridional del templo, lo que hace verosímil pensar que el naos era hipetral, mientras que las naves laterales, el pronaos y el opistódomo estarían cubiertos por un tejado a dos aguas (fig. 21) (Winter 1976: 144; Bell 1980: 365 s.; Van Compernelle 1989: 64; Mertens 2006: 261).

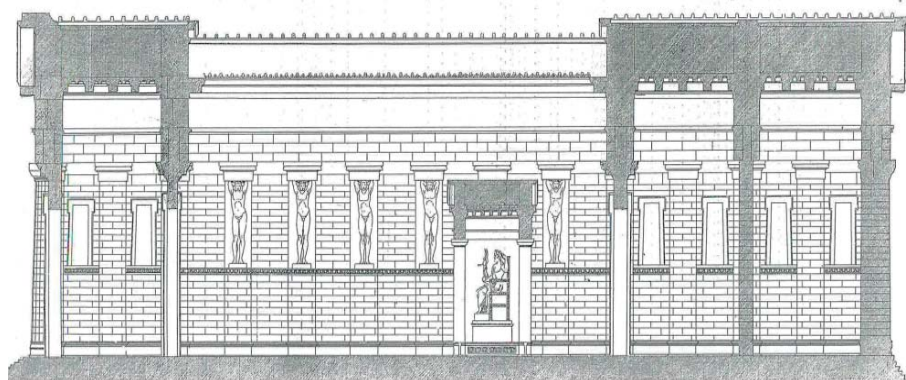


Fig. 19. Reconstrucción del interior del templo en su parte lateral, según Canina (1834: tav. LXII).

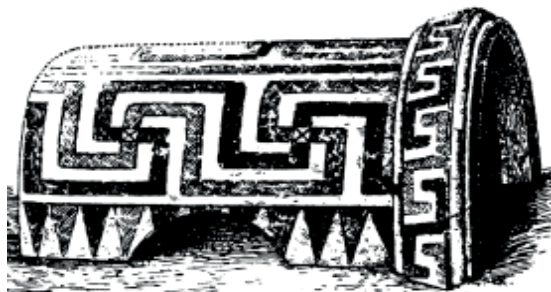


Fig. 20. Teja de terracota policroma (Bell 1980: 365).

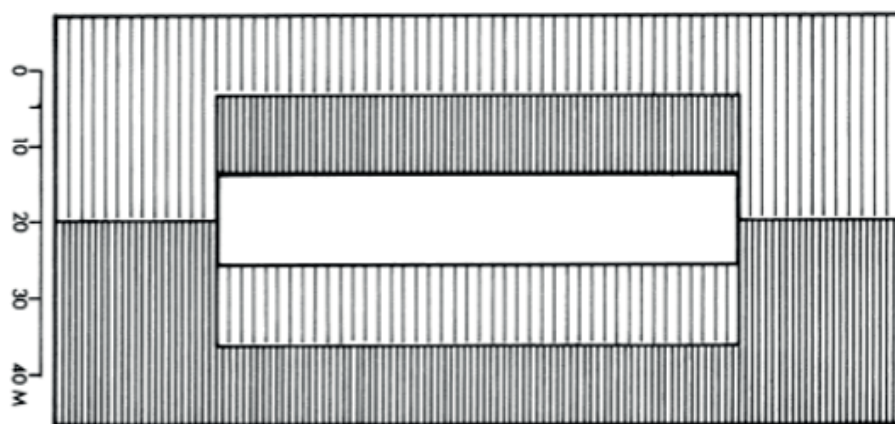


Fig. 21. Dibujo de la cubierta del templo (Bell 1980: 366).

La teoría hipetral ha sido criticada o incluso rechazada por algunos autores. Así, Winter (1976: 144) la cree incompatible con la disposición de los pilares interiores del templo, además de innecesaria si se admite la reconstrucción de Griffo (1952), mientras que autores como Dinsmoor (1950: 103) o Coulton (1977: 84-85), ateniéndose al pie de la letra a las fuentes clásicas, piensan que la construcción de un techo normal a dos aguas, aunque habría sido posible porque los pilares interiores soportarían bien su peso, nunca se habría realizado (Berve & Gruben 1962: 254; Van Compernelle 1989: 64). Por su parte, Vonderstein (2000) ha señalado el hecho de que las grandes tejas del techo de la nave meridional son similares a las de algunos templos arcaicos para apoyar la tesis de que podrían pertenecer a otro templo que hubiera habido allí previamente, poniendo así en duda la existencia de cubierta en el *Olympieion*; pero esta idea ha sido rechazada por Mertens (2006: 266), para quien el tamaño de las tejas y sobre todo las circunstancias de su hallazgo no dejan dudas sobre su adjudicación al *Olympieion*, además

de que no es inusual un cierto conservadurismo en la decoración de arcilla.

Según Bell (1980: 365 s.), la prueba definitiva para afirmar que la cubierta del templo estaba abierta en su parte central la encontró el arqueólogo Ricci en sus excavaciones de 1940, que lamentablemente no fueron publicadas. En efecto, Ricci encontró vestigios de dos pilares (pilares 2 y 3 del lado sur) que eran huecos y tenían conductos rectangulares profundos en sus bases, de unos 1,95 x 2,60 m (fig. 22); además, las superficies interiores de ambos conductos estaban cubiertas con una capa de cemento hidráulico (Moncada 2015), lo que señalaba de manera clara su función: eran cisternas que recogían el agua de lluvia, lo que implica que la sala central tuvo que estar descubierta, haciendo las veces de *compluvium*¹¹.

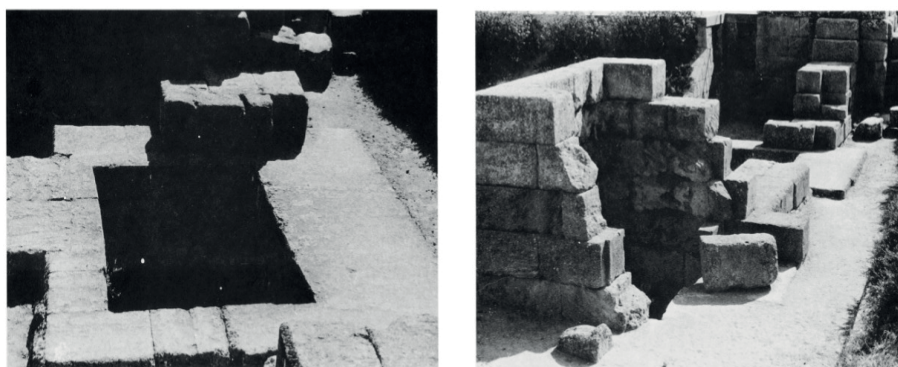


Fig. 22. Pilares S 2 y S 3, vistos desde el oeste (Bell, 1980: 373).

La mayoría de los estudiosos posteriores (Holloway 1991: 118; Campbell 2007: 23; Spawforth 2007: 128; Neer 2012: 223; Marconi 2016: 83) han asumido estas ideas y consideran también que el *Olympieion* tuvo una cella descubierta y que sólo las naves laterales estuvieron techadas.

5.6. Entrada

Las reconstrucciones más tempranas dejaban mucho espacio a la imaginación a la hora de situar las entradas del templo (Pace 1922: 213):

¹¹ Este tipo de cisternas no se encuentran normalmente en los templos perípteros, lo que revela una vez más la singularidad del *Olimpieion*; lo normal en estos casos habría sido encontrar desagües en la sala central (Bell 1980: 366).

así la ya mencionada de Canina (1834: tav. LXII), quien representa la planta con cinco entradas en el frente este (cuatro en los intercolumnios y una más grande en el centro), más dos entradas en los intercolumnios laterales de la fachada oeste (fig. 6).

Dada la existencia, frente a la fachada oriental del templo, de un gran altar para los sacrificios, del que luego hablaremos, parece evidente que los accesos al edificio debían localizarse en esa fachada, concretamente en los intercolumnios angulares, de modo que, con la columna central, que cierra el eje del templo, este quedara de una forma más simétrica en su concepto global, aunque se sacrificara el habitual acceso directo al pronaos y al naos (Pace 1922: 215; Berve & Gruben 1962: 253; Van Compernelle 1989: 64; Mertens 2006: 265). Esta es la idea más extendida entre los estudiosos (Holloway 1991: 118; Bianchi Bandinelli & Paribeni 1998: 67; Lippolis *et al.* 2007: 804), aunque se ha sugerido también que habría otra entrada en el intercolumnio central del lado meridional (Drerup 1940: 382; Berve & Gruben 1962: 253; Van Compernelle 1989: 64), como las que se encuentran en el templo de Asclepio y en otros templos de Agrigento.

De todas formas, dada la magnitud del templo, su particular estructura y la cantidad de fieles y visitantes que tendría, no es descartable la existencia de otros accesos (Moncada 2015).

5.7. Finalización (o no) de las obras

Gran parte de los estudiosos del *Olympieion* tienden a considerar que el templo nunca llegó a terminarse, aunque no todos lo justifican del mismo modo. Por un lado, autores como Berve & Gruben (1962: 254) y Stierlin (2001: 87), ateniéndose a lo transmitido por Polibio y Diodoro, se limitan a afirmar que el templo no fue terminado, pues faltó por construir el techo. Otros, como Bianchi Bandinelli & Paribeni (1998: 66), sugieren que la construcción probablemente no se habría concluido debido a las dimensiones desmesuradas del edificio. Sin embargo, son mayoría los que piensan que la interrupción de las obras se debió a la invasión cartaginesa que sufrió la ciudad de Agrigento en el año 406 a.C. (Pace 1922: 207; Holloway 1991: 117; Boardman 1993: 123; Spawforth 2007: 28, 127; Neer 2012: 223), lo que implica que la construcción del templo fue menos rápida de lo que generalmente se piensa, o bien que la fecha de inicio de las obras fue más tardía.

Otros autores, en cambio, consideran que el edificio fue terminado y estuvo en uso, a juzgar por el revestimiento policromo de las tejas encontradas y las huellas de estuco blanco en algunos de sus elementos, aunque es probable que su construcción no fuera tan rápida como suele colegirse por la homogeneidad de su técnica constructiva y del estilo de sus formas artísticas arquitectónicas y plásticas. Esta demora en la construcción se deduciría a partir de unos elementos divergentes en el sector del techo como son las gárgolas o canalones con prótomos leoninos de la sima del orden externo, datadas por su estilo en la segunda mitad o incluso en el último cuarto del siglo V a.C. (fig. 23), aunque también cabría pensar que el templo ya estuviese acabado y en uso para esas fechas y que se tratase tan solo de una reparación necesaria en el transcurso del tiempo (Marconi 2016: 83 s.; Mertens 2006: 265 s.).

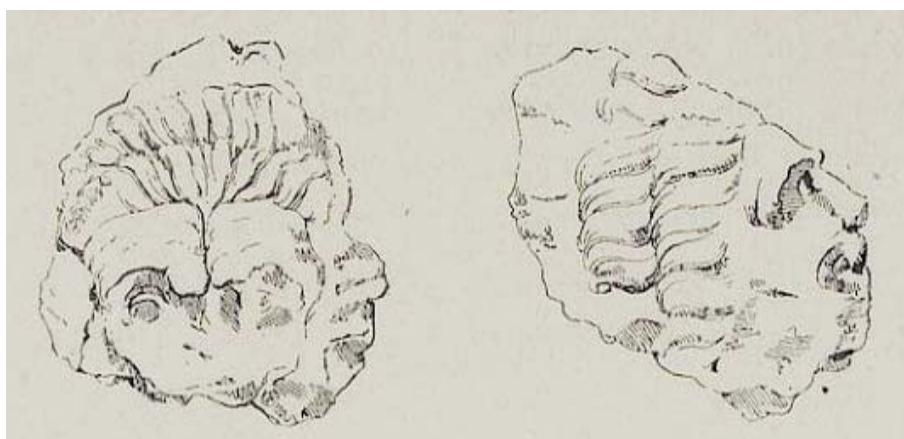


Fig. 23. Prótono leonino de las gárgolas de la sima (Pace 1922: 230).

5.8. Culto

Por las colosales dimensiones del templo, es de suponer que en el espacio del *sekós*, donde se realizaban las principales prácticas rituales y se custodiaba la imagen de culto, se encontraría una estatua igualmente colosal de Zeus Olímpico, al igual que ocurría en otros grandes edificios sagrados como el Partenón de Atenas o el propio templo de Zeus en Olimpia. Pero ni de esa estatua ni de la base en que debió estar apoyada queda hoy ningún rastro; solo contamos con algunas reconstrucciones hipotéticas como la de Canina (1834: tav. LXII), quien, inspirándose sin duda en el famoso Zeus de Fidias en Olimpia, representa una estatua de Zeus sedente en el interior de la cella con una Nike alada en su mano

derecha mientras levanta la izquierda en un gesto de poder (fig. 24). No sabemos tampoco si la cella contaría con un pequeño altar para ofrendas ni si las naves laterales habrían tenido alguna función ritual específica o servirían simplemente para dedicaciones y exvotos (Mertens 2006: 265; Neer 2012: 223; Moncada 2015).

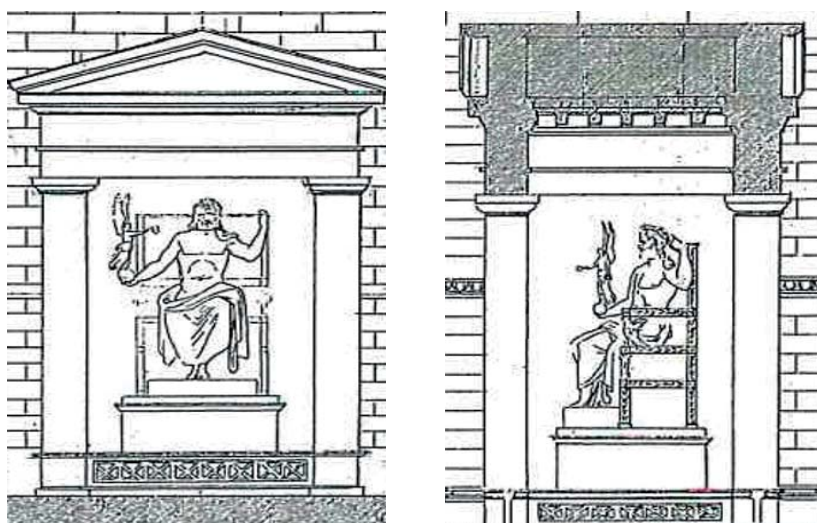


Fig. 24. Reconstrucción hipotética de la estatua de Zeus Olímpico (Canina 1834: tav. LXII).

5.9. Altar exterior

El gigantesco altar (fig. 25), con unas dimensiones de 54 x 15,70 m, fue, hasta la construcción del enorme altar de Hierón II en Siracusa (de un estadio de largo), el monumento más grande de este tipo en Occidente. Estaba emplazado de forma paralela y axial respecto del *Olympieion*, a unos 50 metros de distancia de su fachada oriental, y entre ambos quedaba una especie de plaza simétrica y casi cuadrada en la que debieron celebrarse grandes fiestas y sacrificios, de donde puede inferirse que el templo no fue sólo monumento de victoria o de propaganda de la tiranía, sino que se trató de una auténtica sede de culto (Mertens 2006: 265; Marconi 2016: 84).

El análisis más exhaustivo de este altar, en el que se utilizó también el sistema de bloques de pequeño tamaño, es el reciente estudio de Distefano (2014), quien, a pesar de las múltiples dificultades de interpretación de los escasos restos de la base conservados *in situ*, ha podido determinar que en la construcción del altar se reutilizaron

sillares de un edificio de la misma época (que probablemente no llegó a terminarse) o incluso elementos originalmente destinados a la construcción del propio *Olympieion*.



Fig. 25. Restos del altar frente al templo (Mertens 2006: 264).

5.10. Tradición e influencia

Como ya dijimos, la idea de que la construcción del *Olympieion* tuviera influencias próximo orientales fue avanzada por Drerup (1940) y encontró una cierta aceptación entre los estudiosos durante la segunda mitad del siglo XX, aunque poco a poco, conforme han ido avanzando las investigaciones sobre el tema, se ha visto descartada en beneficio de una visión más integradora que enmarca el templo, incluidos sus aspectos más novedosos, en la propia tradición arquitectónica griega.

Drerup (1940: 380 s.), en efecto, sugirió que algunos elementos del *Olympieion*, tanto la entrada (que según él sería similar a la del templo de Bel en Palmira) y las semicolumnas del exterior como los atlantes o las salas apilastradas del interior, eran adaptación de una tradición arquitectónica no griega, de origen minorasiático o concretamente fenicio-cartaginés, conscientemente asumida por los griegos de Agrigento tras su victoria sobre los cartagineses en 480 a.C. Esta idea, apoyada, entre otras razones, en la mencionada referencia de Diodoro (XI 25, 2-4; 26, 2-3) a que, tras la batalla de Hímera, fueron prisioneros cartagineses

quienes trabajaron en la construcción de templos y edificios públicos de Agrigento, ha sido defendida o mantenida con más o menos fuerza por autores como Dinsmoor (1950: 101), Berve & Gruben (1962: 253 s.), Winter (1976: 143, 145) o, más recientemente, Neer (2012: 223) y Moncada (2015).

La tesis de Drerup, sin embargo, fue ya puesta en duda por autores como Bell (1980: 361), quien veía inverosímil que un arquitecto griego de comienzos del siglo V a.C. adoptara modelos bárbaros, y finalmente ha sido rechazada con argumentos sólidos por Vonderstein (2000: 45 s., 61 s.), como vimos más arriba, y por Mertens (2006: 264 s.), quienes niegan la influencia fenicia y defienden que la construcción del *Olympieion* se integra en la tradición arquitectónica griega, pues los mismos elementos que llevaban a algunos investigadores a fijarse en el Próximo Oriente vienen siendo puestos en relación cada vez más con la propia tipología griega, gracias a un mejor y más profundo conocimiento de los hallazgos arqueológicos: así, por ejemplo, el orden regular de semicolumnas con paredes cerradas se encontraba ya en el templo BII de Metaponto, de época tardo-arcaica, y las paredes con pilastras aparecían también en el templo arcaico de Apolo en Dídima.

6. CONCLUSIÓN

Una vez expuestos y tratados todos estos aspectos del templo de Zeus Olímpico con sus diversas interpretaciones, trataremos de ofrecer una pequeña conclusión sobre el conjunto de nuestro trabajo.

El *Olympieion*, cuyas colosales ruinas yacen hoy desordenadas en el Valle de los Templos de Agrigento, es un edificio que parece salirse de la línea tradicional en la arquitectura templaria griega, por sus semicolumnas (impares en los frentes), sus muros perimetrales y el uso de telamones, así como por la mezcla de elementos dóricos y jónicos, entre otros elementos, y es sin duda este hecho lo que llamó la atención ya desde la propia Antigüedad, cuando historiadores como Polibio y Diodoro destacaron su grandiosidad y sus innovadores aspectos. Pero las ruinas que hoy podemos ver, resultado de los múltiples procesos sísmicos que caracterizan esta zona de la isla de Sicilia, unidos a la siempre presente acción humana, se reducen a unos pocos restos del gran altar, parte de la escalinata sobre la que se levantaba el templo, un ingente montón de piedras y algunos telamones reconstruidos y

depositados en las inmediaciones. A esta drástica alteración de la construcción original contribuyó la propia constitución del templo, realizado con piedras de tamaño relativamente pequeño que permitieron probablemente una rápida construcción pero también un deterioro más fácil.



Fig. 26. Reconstrucción actual del Templo de Zeus Olímpico (Proyecto “Com.Hera: Agrigento - Eraclea Minoa”).

Es por esta decadencia de los restos por lo que encontramos tantas teorías y puntos de vista distintos sobre la estructura original del templo, que todavía hoy sigue siendo un asunto controvertido. Pese a esto, parece que las investigaciones y excavaciones de las últimas décadas, cada vez más profundas y precisas, permiten descartar algunas de esas teorías, sobre todo las más antiguas, e incluso presentar últimamente razonables hipótesis de reconstrucción del edificio, como la del proyecto “Com. Hera: Agrigento - Eraclea Minoa”¹², en el que ha trabajado, entre otros estudiosos, el Prof. Dieter Mertens, o la que ha propuesto hace poco el arquitecto agrigentino Federico Moncada (2015), acompañada de un

¹² <<http://www.comhera.org/index-it.htm>>.

impresionante vídeo¹³, que nos ayudan a tener una imagen del templo más próxima a lo que posiblemente fue en su momento de esplendor (figs. 26 y 27), aunque toda tentativa de reconstrucción global resulte aún un auténtico desafío.

Quedan aún cuestiones muy difíciles de precisar, como pueden ser su datación o si fue acabado o no, entre otros aspectos que hemos repasado. Con respecto a la época en la que se inició la construcción del templo, considero que las obras no pudieron haber comenzado en los últimos años del siglo VI a.C., como quieren algunos autores, pues la estructura del templo, y sobre todo su grandiosidad, no parece reflejar la arquitectura dórica típica de época arcaica, y creo más plausible la posición de quienes defienden un inicio de las construcciones en el primer cuarto del siglo V a.C., por basarse, como vimos, en una serie de datos y argumentos que, a mi juicio, apoyan firmemente su postura.



Fig. 27. Otra reconstrucción reciente del Templo de Zeus Olímpico (Moncada 2015).

¹³ <<https://vimeo.com/120349236>>.

Pero los investigadores han tratado de precisar aún más esa posición, como vimos al principio, y las fechas habitualmente propuestas oscilan entre la subida al poder del tirano Terón en el año 488 a.C. y la victoria sobre Cartago en la batalla de Hímera en el 480 a.C.¹⁴ Desde mi punto de vista, es difícil decidirse por uno de estos dos acontecimientos, sobre todo porque uno de los argumentos principales en que se basan unos autores para afirmar que el *Olympieion* se construyó con la subida al poder de Terón, como es la temática de los frontones, podría apoyar también la validez de la otra fecha. En efecto, la temática de los frontones (la guerra de Troya en el frontón oeste y la Gigantomaquia en el este) refleja un mensaje claro, a saber, el poder y la heroicidad griega, lo que, unido a las colosales medidas del templo y al uso de telamones, podría haber servido a Terón como un elemento de propaganda y legitimación de su poder en Agrigento; pero este mismo planteamiento puede ser utilizado para defender la fecha de 480 a.C., pues esos temas podrían simbolizar también, en este caso, la victoria griega sobre los bárbaros, es decir, los cartagineses, y de igual manera los telamones podrían representar a estos enemigos vencidos.

Tampoco es fácil de determinar la cuestión de si el edificio fue finalizado o no, aunque aquí me inclino por considerar que sí, pues las referencias de los autores clásicos a que el templo quedó sin terminar porque le faltaba el techo pueden explicarse bien si consideramos que el naos se concibió desde un principio como patio hipétral, una hipótesis que ha encontrado bastantes datos a favor en las investigaciones del último siglo, como vimos. Además, como señala Mertens (2006: 266), Polibio y Diodoro podrían haber interpretado mal una de las características arquitectónicas del edificio, como le ocurrió a Estrabón (XIV 1, 5) con el templo de Apolo en Dídima, que según él habría permanecido sin techo debido a sus grandes dimensiones, cuando en realidad se trataba de que el naos se construyó en forma de gran patio interior descubierto.

En todo caso, me parece acertado pensar que el templo se llevó a cabo con una planificación y organización muy efectivas, desde el trabajo en la cantera hasta el transporte de las piezas y su posterior montaje, aunque no podamos estimar cuánto tiempo duraron las obras, y también me parece que queda clara la intención de su arquitecto: crear, en la Sicilia

¹⁴ La propuesta de Stewart (2008: 597) de bajar la fecha hasta el 474 a.C. me parece descartable.

del siglo V a.C., un edificio que se saliera de la norma pero que a la vez siguiera parámetros griegos. Creo que lo consiguió, a juzgar por la gran fama que tuvo el templo posteriormente; sin embargo, la peculiar técnica constructiva, con bloques de pequeño tamaño, y la no muy buena calidad de la piedra agrigentina, unido a la elevada sismicidad de la zona y a la inexorable acción humana, hicieron que, lamentablemente, este maravilloso templo no llegara en mejores condiciones hasta nuestra época.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Fuentes primarias

DIODORO SÍCULO, *Biblioteca Histórica, Libros XIII-XIV*, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch, Gredos, Madrid, 2008.

ESTRABÓN, *Geografía, Libros XI-XIV*, introducción, traducción y notas de M^a Paz de Hoz García-Bellido, Gredos, Madrid, 2003.

HERÓDOTO, *Historia, Libro I Urania*, traducción y notas de Carlos Schrader, Gredos, Madrid, 1989.

PÍNDARO, *Odas y fragmentos*, introducciones, traducción y notas de Alfonso Ortega, Gredos, Madrid, 1984.

POLIBIO, *Historias, Libros V-XV*, traducción y notas de Manuel Balasch Recort, Gredos, Madrid, 1981.

TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso, Libros V-VI*, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch, Gredos, Madrid, 2000.

Fuentes secundarias

BELL, M. (1980), "Stylobate and roof in the *Olympieion* at Akragas", *American Journal of Archaeology*, n^o 84.3, 359-372.

BERVE, H. & GRUBEN, G. (1962), *I templi greci*, Sansoni Editore, Florencia.

BIANCHI BANDINELLI, R. & PARIBENI, E. (1998), *El arte de la Antigüedad clásica: Grecia*, Akal, Madrid.

BOARDMAN, J. (1993), *The Oxford History of Classical Art*, Oxford University Press, Nueva York.

G. CAMPBELL, G. (2007), *The Grove Encyclopedia of Classical Art and Architecture*, Vol. I, Oxford University Press, Nueva York.

CANINA, L. (1834), *L'Architettura Greca*, edición del propio autor, Roma (reimpresión Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, 2003).

COULTON, J. J. (1974), "Lifting in Early Greek Architecture", *The Journal of Hellenic Studies*, nº 94, 1-19.

COULTON, J. J. (1977), *Greek Architect at Work. Problems of Structure and Design*, Elek, Londres.

DANILE, L. DE CESARE, M. & PORTALE, E. C. (2013), "Agrigento: nuove indagini nell'area a Sud del Tempio di Zeus", *Mare Internum*, nº 5, 133-144.

DE GRUMMOND (1996), *Encyclopedia of the History of Classical Archaeology*, Routledge, Nueva York.

DE WAELE, J. (1982), "I frontoni dell'Olympion agrigentino", en *ἈΠΑΡΧΑΪ. Nuove ricerche e studi sulla Magna Grecia e la Sicilia antica in onore di Paolo Enrico Arias*, Giardini, Pisa, 271-278.

DINSMOOR, W. B. (1950), *The architecture of Ancient Greece: An account of its historic development*, Bastford, New York.

DISTEFANO, A. (2014), *L'altare dell'Olympieion di Akragas: analisi costruttiva e ipotesi di restituzione*, Serra, Pisa.

DRERUP, H. (1940), "Der Tempel des Zeus Olympios in Akragas", en M. Wegner (ed.), *Bericht über den VI. Internationalen Kongress für Archäologie, Berlin 21.-26. August 1939*, de Gruyter, Berlín, 379-387.

GRIFFO, P. (1952), *Sulla collocazione dei Telamoni nel tempio di Giove Olimpico in Agrigento*, Soprintendenza alle antichità, Agrigento.

GRIFFO, P. (1982), "Note sul tempio di Zeus Olimpico di Agrigento (con particolare riguardo al problema dei Telamoni)", en M. L. Gualandi, L. Massei & S. Settis (eds.), *ΑΠΑΡΧΑΪ. Nuove ricerche e studi sulla Magna Grecia e la Sicilia antica in onore di Paolo Enrico Arias*, Giardini, Pisa, 253-270.

HELLMANN, M. (2002), *L'architecture grecque: les principes de la construction*, Picard, Paris.

HOLLOWAY, R. (1991), *The Archaeology of Ancient Sicily*, Routledge, Londres.

KOLDEWEY, R. & PUCHSTEIN, O. (1899), *Die griechischen Tempel in Unteritalien und Sizilien*, Asher, Berlín, 1899.

KRISCHEN, F. (1942), "Das Olympieion von Akragas", *Archäologischer Anzeiger*, nº 57, 1-19.

LIPPOLIS, E. *et al.* (2007), *Architettura greca: Storia e monumenti del mondo della polis dalle origini al V secolo*, Mondadori, Milán.

MARCONI, C. (1997), "I Titani e Zeus Olimpico. Sugli Atlanti dell'Olympieion di Agrigento", *Prospettiva*, nº 87-88, 2-13.

MARCONI, C. (2016), "The Greek West: Temples and their decoration", en M. Miles (ed.), *A Companion to Greek Architecture*, Wiley-Blackwell, Oxford, 75-90.

MEE, C. (2011), *Greek Archaeology: a thematic approach*, Wiley-Blackwell, Oxford.

MERTENS, D. (2006), *Città e monumenti dei greci d'occidente: dalla colonizzazione alla crisi di fine V secolo a.C.*, L'Erma di Bretschneider, Roma.

MONCADA, F. (2015), entrada "Ricostruzione del Tempio di Giove - Agrigento" (12-02-2015) en su blog *3ddada. Modellazione tridimensionale, texturing, animazioni, ricostruzioni virtuali* (<https://3ddada.blogspot.com.es/2015/02/tempio-di-giove-agrigento.html>).

NEER, R. T. (2012), *Art & Archaeology of the Greek World*, Thames & Hudson, Londres.

PACE, B. (1922), "Il tempio di Giove Olimpico in Agrigento", *Monumenti antichi*, nº 28, 173-252.

PUGLIESE CARRATELLI, G. (1996), *The western greeks*, Bompiani, Venecia.

STEWART, A. (2008), "The Persian and Carthaginian Invasions of 480 B. C. E. and the Beginning of the Classical Style", *American Journal of Archaeology*, nº 112.4, 581-615.

STIERLIN, H. (2001), *Grecia: de Micenas al Partenón*, Taschen, Barcelona.

SPAWFORTH, T. (2007), *Los templos griegos*, Akal, Madrid.

VAN COMPERNOLLE, T. (1989), “Architecture et tyrannie [À propos de la datation des Temples A, B, C, E et I d’Agrigente, du Temple C de Gela, de l’Athénaion dorique de Syracuse et du Temple dit de la Victoire à Himère]”, *L’antiquité classique*, nº 58, 44-70.

VASSALLO, S. (2014), “La Batalla de Hímera”, *Desperta Ferro: Especiales*, nº 4, 16-23.

VONDERSTEIN, M. (2000), “Das *Olympieion* von Akragas. Orientalische Bauformen an einem griechischen Siegestempel?”, *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, nº 115, 37-77.

VV. AA. (1998), *Los grandes descubrimientos de la Arqueología*. Vol. 6, Planeta-Agostini, Barcelona.

WINTER, F. E. (1976), “Tradition and Innovation in Doric Design I: Western Greek Temples”, *American Journal of Archaeology*, nº 80.2, 139-145.